

JULIE CLARK



VIDAS CRUZA DAS

DOS MUJERES.
DOS BILLETES DE AVIÓN.
LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD
PARA DESAPARECER

14014637690

DATE

FLIGHT

CLASS

JULIE CLARK

VIDAS CRUZADAS

Traducción de Milo J. Krmpotić

 Planeta

Título original: *The Last Flight*

© Julie Clark, 2021

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2022

ISBN: 978-84-08-25630-4

Depósito legal: B. 4.159-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CLAIRE

Lunes, 21 de febrero
El día antes del accidente

—Danielle —digo nada más entrar en el pequeño despacho adyacente al salón de casa—, por favor, hágale saber al señor Cook que me voy al gimnasio.

Ella levanta la mirada del ordenador y veo que sus ojos se detienen en el morado que recorre la base de mi garganta, oculto bajo una fina capa de maquillaje. De manera automática me recoloco la bufanda sobre él, consciente de que no lo va a mencionar. Nunca lo hace.

—Tenemos una reunión en el centro de alfabetización de Center Street a las cuatro —dice—. Llegará tarde otra vez.

Danielle lleva un registro de mi calendario y de mis meteduras de pata, y es la persona que me delata cuando no he llegado a tiempo a una reunión, o cuando he cancelado citas que Rory, mi marido, consideraba importantes. «Si voy a presentarme al Senado, Claire, no podemos darnos el lujo de cometer errores.»

—Gracias, Danielle. Puedo ver el calendario tan bien como usted. Por favor, suba a la red las notas de la última reunión y déjelas listas. La veré allí.

Al salir de la habitación, oigo que ella levanta el teléfono, lo que provoca que me flaquee el paso, consciente de que esto po-

dría llamar la atención en un momento en que no puedo permitirme hacer tal cosa.

La gente siempre me pregunta qué se siente al estar casada con un miembro de los Cook, ese linaje político solo superado en fama por el de los Kennedy. Yo evado el tema ofreciendo información sobre nuestra fundación, entrenada como estoy para centrarme en el trabajo y no en los rumores. Nuestras iniciativas para promover la alfabetización y facilitar el acceso al agua en el tercer mundo, los programas de tutelaje en zonas marginales, la investigación contra el cáncer.

Lo que no puedo decirles es que dar con un poco de intimidad es una batalla constante. Incluso en nuestra casa hay gente a todas horas. Asistentes. Los sirvientes que limpian y cocinan para nosotros. Tengo que pelear por cada minuto libre y por cada centímetro cuadrado de los que me apodero. No hay ningún lugar a salvo de las miradas del equipo de Rory, todos ellos devotos empleados de la Fundación Cook. Incluso tras diez años de matrimonio, sigo siendo la intrusa. La extraña que debe ser vigilada.

He aprendido a asegurarme de que no haya nada que ver.

El gimnasio es uno de los escasos lugares a los que Danielle no me sigue con sus listas y sus horarios. Allí es donde me reúno con Petra, la única amiga que me queda de la vida que tenía antes de conocer a Rory, y la única a la que Rory no me ha obligado a abandonar.

Porque, hasta donde Rory sabe, Petra no existe.

Cuando llego al gimnasio, Petra ya está allí. Me cambio en el vestuario y, al subir por la escalera que lleva a las filas con las cintas de correr, me la encuentro en el rellano, cogiendo una toalla limpia de la pila. Nuestros ojos se encuentran por un ins-

tante, y acto seguido ella aparta la mirada mientras yo cojo una toalla.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta con un susurro.

—Aterrorizada —contesto, antes de volverme y alejarme.

Corro durante una hora, con los ojos puestos en el reloj, y, al entrar en la sauna, exactamente a las dos y media, con una toalla alrededor del cuerpo, me duelen los músculos del agotamiento. La atmósfera está cargada de vapor y yo le dirijo una sonrisa a Petra, que está sentada en el escalón más elevado con el rostro sonrojado por el calor.

—¿Te acuerdas de la señora Morris? —me pregunta cuando me siento a su lado.

Sonrío, agradecida por poder pensar en algo procedente de una época más simple. La señora Morris fue nuestra profesora de Gobierno Norteamericano en el último año de instituto, y Petra estuvo a punto de suspender la asignatura.

—Viniste a estudiar conmigo cada tarde a lo largo de un mes —prosigue—. Cuando ningún otro alumno se acercaba a Nico y a mí por ser hijos de quienes somos, tú diste un paso adelante y te aseguraste de que me graduara.

Me vuelvo sobre el banco de madera para mirarla.

—Haces que suene como si Nico y tú hubierais sido unos parias. Pero teníais amigos.

Petra niega con la cabeza.

—Que todos sean agradables contigo porque tu padre es la versión rusa de Al Capone no los convierte en amigos.

Fuimos a una escuela de élite en Pensilvania, donde los hijos y los nietos de las familias ricas de toda la vida veían a Petra y a su hermano Nico como una novedad, y los dejaban acercarse para ver hasta dónde llegaban, como si de una apuesta se tratara, pero nunca les abrieron las puertas por completo a ninguno de los dos.

Así que formamos un trío de marginados. Nico y Petra se aseguraron de que nadie se riera de mi uniforme de segunda mano, ni del Honda destartado en el que mi madre venía a recogerme, que se acercaba traqueteando al bordillo y dejaba una estela de eructos exhaustos. Se aseguraron también de que no comiera sola, y me arrastraron con ellos a actos escolares que de otro modo me habría saltado. Se interpusieron entre mi persona y el resto de los alumnos, los que soltaban comentarios crueles e hirientes sobre el hecho de que yo fuera solo una estudiante externa con beca, demasiado pobre, demasiado normal para convertirme de verdad en uno de ellos. Nico y Petra fueron los únicos amigos que tuve durante esa época.

Hace dos años, el día que entré en el gimnasio y me encontré con Petra, una aparición de mi pasado, tuve la sensación de que aquello era obra del destino. Pero yo no era la misma persona que Petra recordaba del instituto. Todo era muy diferente. Eran demasiadas las cosas que tendría que explicarle acerca de mi vida y de lo que había extraviado por el camino. Así que mantuve la vista apartada mientras ella me taladraba con la mirada, invitándome a que levantara la cabeza. A que reparara en ella.

Tras acabar la sesión, me dirigí hacia el vestuario con la esperanza de esconderme en la sauna hasta que Petra se fuera. Pero al entrar me la encontré allí, como si ese hubiera sido el plan desde un principio.

—Claire Taylor —dijo.

Oírla pronunciar mi antiguo nombre hizo que sonriera a regañadientes. Los recuerdos regresaron de golpe, anclados en el tono y en la cadencia de la voz de Petra, que seguía teniendo rastros del ruso que hablaba en casa. En un instante pasé a sentirme como mi viejo yo, y no como la persona que había culti-

vado a lo largo de los años de mi matrimonio con Rory, lustrosa e inescrutable, con sus secretos ocultos bajo una superficie rígida.

Comenzamos poco a poco, con una charla insustancial que se tornó personal en cuanto nos pusimos al día sobre los años que habían transcurrido desde la última vez que nos vimos. Petra no se había casado nunca. En su lugar se dejó llevar por la vida con el apoyo financiero de su hermano, que había pasado a dirigir la empresa familiar.

—Y tú... —dijo, haciendo un gesto hacia mi mano izquierda—. ¿Estás casada?

Examiné su rostro a través del vapor, sorprendida de que no lo supiera.

—Me casé con Rory Cook.

—Impresionante —dijo Petra.

Aparté la vista, a la espera de que me preguntara lo que la gente siempre quería saber: qué pasó en realidad con Maggie Moretti, el nombre que permanecerá asociado para siempre al de mi marido, la chica que se vio catapultada del anonimato a la infamia solo porque, mucho tiempo atrás, estuvo enamorada de Rory.

Pero Petra se limitó a recostarse sobre el banco y dijo:

—Vi la entrevista que Kate Lane le hizo a tu marido en la CNN. La labor que está llevando a cabo con la fundación es notable.

—Rory es un hombre muy apasionado.

La respuesta tenía su lado de verdad, por si a alguien le daba por escarbar en ella.

—¿Cómo están tu madre y tu hermana? A estas alturas, Violet ya debe de haber acabado la universidad.

Temía que me hiciera esa pregunta. Incluso después de tantos años, su desaparición seguía provocándome un dolor punzante.

—Murieron en un accidente de coche, hace catorce años. Violet acababa de cumplir once.

Le di una somera explicación. Una noche de viernes lluviosa. Un conductor borracho que se saltó una señal de stop. El choque en el que las dos fallecieron de manera instantánea.

—Oh, Claire... —dijo Petra.

No recurrió a lugares comunes ni me obligó a recordar todo aquello. En su lugar se quedó sentada a mi lado, dejando que el silencio sostuviera mi pena, consciente de que nada de lo que dijera podría atenuar mi dolor.

Encontrarnos en la sauna cada día, después del entrenamiento, se convirtió en un hábito. Petra entendió que, siendo su familia la que era, no podían vernos hablando en público. Incluso antes de que supiéramos lo que yo acabaría haciendo, nos mostramos cautas; apenas nos comunicábamos por teléfono y nunca nos escribíamos por correo electrónico. Pero en aquella sauna resucitó nuestra amistad; reconstruimos la confianza que nos unió en su día recordando la alianza que nos había permitido a las dos sobrevivir al instituto.

Petra no tardó mucho en descubrir que yo escondía algo.

—Tienes que dejarle, lo sabes, ¿no? —me dijo una tarde, varios meses después de nuestro primer encuentro, mirando el morado que tenía en el brazo izquierdo, un vestigio de la discusión que Rory y yo habíamos mantenido dos noches antes. Pese a mis esfuerzos por esconder lo evidente, una toalla alta alrededor del pecho, colgada del cuello o cubriéndome los hombros, Petra había observado en silencio los progresos de la rabia de Rory a través de mi piel—. No es el primero que te veo.

Me cubrí el morado con la toalla, no quería su compasión.

—Lo intenté, una vez. Hace unos cinco años.

Pensé que sería posible abandonar mi matrimonio. Me preparé para la pelea, consciente de que sería caro y desagradable, pero pensaba usar sus abusos como elemento de presión. «Dame lo que deseo y guardaré silencio sobre el tipo de hombre que eres.»

Pero no sucedió de ese modo, en absoluto.

—Resulta que la mujer en la que había confiado, la que intentaba ayudarme, estaba casada con un antiguo compañero de fraternidad de Rory. Y, cuando este se presentó, el marido le abrió la puerta y le dejó entrar, dándoselas de viejo camarada, con su apretón de manos secreto y todo eso. Rory les dijo que yo tenía una depresión, que estaba yendo al psiquiatra, y que quizá había llegado el momento de que me internaran.

—¿Pensaba recluirte?

—Me hizo saber que las cosas podían empeorar mucho.

No le conté el resto. Que, cuando llegamos a casa, me empujó con tanta fuerza contra la encimera de mármol de la cocina que me rompí dos costillas. «Me alucina tu egoísmo. Que estés dispuesta a destruir todo lo que he construido, el legado de mi madre, solo porque discutimos... Todas las parejas discuten, Claire.» Hizo un gesto abarcando la habitación, los electrodomésticos de gama alta, las encimeras caras, y dijo: «Mira a tu alrededor. ¿Qué más podrías desear? Nadie se apiadará de ti. Ni siquiera te creerán.»

Y era verdad. La gente quería que Rory respondiera a la idea que tenían de él: el hijo carismático de la senadora progresista Marjorie Cook, querida por todos. Nunca podría contarle a nadie lo que me hacía porque, dijera lo que dijera, y por mucho que gritara, mis palabras se verían enterradas bajo el amor que todo el mundo sentía hacia el único hijo de Marjorie Cook.

—La gente nunca verá lo que yo veo —dije al fin.

—¿De verdad crees eso?

—¿Piensas que si Carolyn Bessette hubiera acusado al hijo de JFK de golpearla el país hubiera acudido corriendo a darle su apoyo?

Petra abrió mucho los ojos.

—¿Me estás tomando el pelo? Estamos en la era del #Me-Too. Creo que la gente se desviviría por creerla. Lo más probable es que crearan nuevos programas en la Fox y en la CNN solo para hablar del tema.

Lancé una carcajada hueca.

—En un mundo perfecto, podría hacer a Rory responsable. Pero no tengo lo que hay que tener para meterme en una pelea como esa. Una lucha que duraría años, que afectaría a todos los apartados de mi vida y que mancillaría cualquier cosa buena que pudiera llegar a continuación. Solo quiero liberarme de eso. De él.

Denunciar a Rory sería como dar un paso hacia el abismo con la esperanza de que alguien me cogiera al vuelo por bondad y generosidad. Y llevaba demasiados años viviendo con personas que se habían mostrado encantadas de verme caer en pica-do mientras eso significara que podían estar cerca de Rory. Hoy en día tener dinero y poder equivale a gozar de inmunidad.

Respiré hondo y sentí que el vapor llegaba a los rincones más profundos de mi cuerpo.

—Si le dejo, tendré que hacerlo de manera que él no me encuentre nunca. Mira lo que le pasó a Maggie Moretti.

El vapor que se elevaba entre nosotras volvía borrosos los ángulos del rostro de Petra, pero me di cuenta de que su mirada se afilaba.

—¿Crees que tuvo algo que ver con eso?

—Ya no sé lo que creo y lo que no —contesté.

A lo largo del año siguiente, Petra y yo montamos un plan, coreografiamos mi desaparición como si se tratara de un ballet. Una secuencia de acontecimientos tan perfectamente cronometrados que no habría margen para el error, y ahora me faltan unas pocas horas para comenzar a ejecutarlo. El siseo del vapor enturbia el aire a nuestro alrededor. Petra no es más que una sombra vaga a mi lado sobre el banco de madera de cedro.

—¿Lo mandaste todo por correo esta mañana? —le pregunto.

—Por FedEx, dirigido a ti, con la etiqueta de PERSONAL. Debería llegar al hotel a primera hora de mañana.

No iba a arriesgarme a esconder todo lo que he ido reuniendo en casa, donde cualquiera —las criadas o, peor aún, Danielle— podría encontrarlo. Así que Petra se encargó de guardarlo: los cuarenta mil dólares del dinero de Rory y una identidad nueva, cortesía de Nico.

—Las nuevas tecnologías del gobierno hacen que esto resulte cada vez más difícil —me dijo la tarde en que cogí el coche y fui a verlo.

Estábamos sentados a la mesa del comedor, en su enorme casa de Long Island. Se había convertido en un hombre atractivo, con esposa y tres hijos. Y con guardaespaldas: había dos apostados en la verja del camino de acceso y otros dos frente a la puerta principal. Se me ocurrió que Rory y Nico no eran tan diferentes. Ambos eran el hijo elegido, al que habían empujado a conducir la familia hacia el siglo XXI, con sus nuevas normas y regulaciones. Los dos esperaban llegar más allá que la generación anterior... o, al menos, no perderlo todo.

Nico deslizó un sobre grueso hacia mí. Lo abrí y saqué un carné de conducir inmaculado del estado de Míchigan y un pasaporte con mi rostro y el nombre de Amanda Burns. Hojeé el resto: una tarjeta de la seguridad social, un certificado de nacimiento y una tarjeta de crédito.

—Con esto, podrás hacer lo que quieras —dijo Nick, que cogió el carné de conducir y lo inclinó bajo la luz para que pudiera ver el holograma grabado en su superficie—. Votar. Pagar impuestos. Hacer la declaración de la renta. Es un producto de gran calidad, y mi hombre es el mejor. Solo hay otra persona que pueda hacer un paquete completo así de bueno, y vive en Miami. —Nico me pasó la tarjeta de crédito: una cuenta en el Citibank con mi nuevo nombre—. Petra la abrió la semana pasada, y le mandarán los extractos a ella. Cuando te instales, puedes cambiarla. O tirar esta tarjeta y hacerte una nueva. Pero ten cuidado. No querrás que nadie te robe la identidad.

Se rio de su broma, y por un instante pude ver en su rostro al muchacho del pasado, el que se sentaba con Petra y conmigo a la hora del almuerzo y se comía un bocadillo mientras hacía los deberes de matemáticas, ya bajo la presión de la persona en la que esperaban que se convirtiera.

—Gracias, Nico.

Le pasé el sobre con los diez mil dólares, una pequeña fracción del dinero que había logrado desviar y esconder durante los seis meses anteriores. Cien dólares por aquí. Otros doscientos por allá. Cada devolución en efectivo que podía conseguir la metía a diario en la taquilla del gimnasio de Petra, para que ella la guardara hasta que yo estuviera preparada.

Nico se puso serio.

—Has de saber que, si algo va mal, no podré ayudarte. Y Petra tampoco. Tu marido podría poner en peligro mi sustento... y el de Petra.

—Lo comprendo —le dije—. Ya habéis hecho más que suficiente, y os estoy muy agradecida.

—Lo digo en serio. No hace falta más que un pequeño hilo que conecte tu nueva vida con la vieja y todo se vendrá abajo.

—Clavó en mí sus ojos oscuros y me miró fijamente—. No podrás volver nunca. Ni una sola vez. De ninguna manera, jamás.

—Rory lo ha organizado para que el avión salga a eso de las diez —le digo a Petra ahora—. ¿Recordaste incluir mi carta? No quiero tener que volver a escribirla en el papel del hotel diez minutos antes de irme.

Ella asiente con la cabeza.

—Está con todo lo demás. Con su dirección y sus sellos, preparada para que la envíes desde Detroit. ¿Qué le dices?

Pienso en las horas que pasé trabajando en ella, en las muchas versiones que tiré a la basura mientras redactaba la carta que cerraría la puerta a cualquier posibilidad de que Rory intentase seguirme.

—Le digo que me he ido y que esta vez no me encontrará nunca. Que debería anunciar públicamente nuestra separación, decir que ha sido amigable y que yo no realizaré declaraciones ni ofreceré entrevistas al respecto.

—Una semana antes de que anuncie su candidatura al Senado.

Le dirijo una sonrisa ligera.

—¿Debería haberlo hecho después?

Cuando ahorré el dinero suficiente para poder comenzar una nueva vida, me puse a buscar el momento perfecto para marcharme. Estudié nuestro calendario de eventos en Google buscando algún viaje que fuera a hacer sola, centrándome en las ciudades cercanas a la frontera canadiense o mexicana. Había uno a Detroit. Tengo previsto visitar Ciudadanos del Mundo, un colegio concertado de justicia social que financia la Fundación de la Familia Cook. Por la tarde, una visita guiada a la escuela, a la que seguirá una cena con los donantes del proyecto.

Me recuesto contra el banco y levanto la cabeza hacia el techo, que se ve oscurecido por una capa de vapor, mientras repaso el resto del plan.

—Aterrizaremos sobre las doce. El acto en la escuela comienza a las dos, así que tengo que asegurarme de pasar antes por el hotel para recoger el paquete y guardarlo en un lugar seguro.

—He llamado a la agencia de alquiler de coches. Esperan que la señora Amanda Burns recoja un vehículo compacto mañana a media noche. ¿Podrás tomar un taxi?

—Hay un Hilton en la misma calle donde me alojaré. Cogeré uno allí.

—Me preocupa que alguien pueda verte saliendo en mitad de la noche con una maleta. Que te sigan. Que llamen a Rory.

—No correré ese riesgo. He comprado una mochila en la que caben un par de mudas de ropa y mi dinero. Dejaré atrás todo lo demás, incluyendo mi bolso y mi cartera.

Petra asiente con la cabeza.

—Por si la necesitas, he reservado una habitación con la tarjeta de crédito en el W de Toronto. Te estarán esperando.

Cierro los ojos, el calor me deja grogui. O quizá sea la presión de tener que conseguir que cada detalle salga a la perfección. No hay margen para el más diminuto error.

Siento el paso inexorable de los minutos, que me empuja hacia el momento en el que tendré que dar el primero de una serie de pasos irrevocables. Una parte de mí desea olvidarlo todo. Ir a Detroit, visitar la escuela y volver a casa. Disponer de más días para hablar con Petra en la sauna. Pero esta es al fin mi oportunidad para escapar. Las opciones que tengo ahora se volverán casi inexistentes cuando Rory anuncie su candidatura al Senado.

—Es hora de irse. —La voz de Petra es suave, y yo vuelvo a abrir los ojos.

—No sé cómo agradeceréte —le digo.

—Hace años fuiste mi única amiga. No tienes que darme las gracias. Esta es mi manera de dártelas a ti —dice—. Ha llegado la hora de que seas feliz.

Se aprieta la toalla alrededor del cuerpo y veo un destello de su sonrisa a través del vapor.

No puedo creer que sea la última vez que estamos aquí sentadas. La última vez que hablamos. Esta habitación ha sido como un refugio, calmo y oscuro, donde solo sonaban nuestras voces planeando mi huida. ¿Quién vendrá a sentarse mañana con ella? ¿O el día después?

Noto que el carácter definitivo de mi marcha se cierne sobre mí, lo absoluto de ese final, y me pregunto si valdrá la pena. Muy pronto, Claire Cook dejará de existir, las brillantes piezas de su fachada se romperán y se desecharán. No tengo ni idea de lo que voy a encontrar por debajo de todo ello.

Solo faltan treinta y tres horas para mi desaparición.